

CAPÍTULO XVI

Celos indiscretos

**A**penas había salido Olivia, cuando el desconocido se presentó con un traje diferente y más elegante que el de la víspera: saludó amorosamente con los ojos á Celeste, y desprendiéndose una camelia, que tenía en un ojal de la levita, se la presentó.

—No rehusará usted este presente de tan poco valor: en esta camelia está un recuerdo del encuentro de ayer y me atrevería á decir un sentimiento de mi corazón.

Celeste bajó los ojos, y sin poderlo resistir, tomó la camelia, y la colocó en su pecho.

—¿Conque ha rehusado usted los tres mil pesos?— dijo el desconocido.

—Desde luego ha encontrado usted á Olivia, y le ha hablado. Acaba de salir de aquí, y va á cobrar el vale.

—Sí, pero para poner la compañía en cabeza mía.

CAPITULO ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.



—Deseaba yo saber el nombre de usted, caballero, en primer lugar, para conservar el recuerdo de un hombre generoso, y en segundo para que se pusiese en la escultura que debe formarse. En efecto, yo no he aceptado ni puedo aceptar. ¿Para qué puedo necesitar tanto dinero? mi trabajo me proporciona que comer, y es todo lo que necesito, todo lo que deseo.

—¿Que no sirve el dinero!—contestó el desconocido. Seguramente es la primera persona que en el mundo dice esto, en mediados del siglo XIX. ¡El dinero! El dinero es el alma de la sociedad, el espíritu que anima la ciencia, el entusiasmo que alienta el patriotismo, el espejico que hace á los cobardes valientes, á los tontos sabios, á los rufianes caballeros, á los plebeyos nobles, los depravados virtuosos, á los patanes cortesanos: con el dinero hasta los negros se vuelven blancos, y los blancos pobres se la pasan peor que los negros esclavos. ¡El dinero! ¿Qué no se hace y deshace en el mundo actual por el dinero? Los soberanos más altos se contentan, y hacen la paz cuando se les arrojan unos cuantos millones; los plebeyos se ganan por los ricos, y se pierden por los pobres; los patriotas más esclarecidos dejan las armas y los negocios públicos, cuando tienen con que pasar la vida alegremente; los poetas cuelgan la lira, y sacan su lengua tan luego como se trata de hacer una cuenta en que ellos quede. ¡Bah! no acabaría yo en una hora de indicar las maravillas, los milagros verdaderos del dinero: las penas mismas del purgatorio son más breves, cuando el difunto deja unos cuantos reales para su alma. En cuanto á las mujeres, el dinero les sirve para hacerlas más hermosas, para proporcionarles trajes magníficos, coches elegantes, muebles exquisitos. Pensad en una mu-

de catorce á quince años, con su rostro blanco y cándido de ángel y sus ojos azules y apacibles como el cielo, pero cubierta con unos harapos, con el pié descalzo y pidiendo limosna por las calles; y después figuraos á esa misma muchacha con un traje de terciopelo y seda, con un collar de diamantes en su blanco cuello, con una media leve y fina como la tela de un huevo, con un calzado de seda, y subiendo á una calesa tirada por un par de caballos color de canario, y veréis cuánta es la diferencia. No es la misma mujer seguramente. ¿Y me preguntáis, criatura inocente, para que sirve el dinero? No olvidéis el pasado, y pensad en el porvenir: el dinero sirve para no pedir limosna, para no gemir en una cárcel inmunda, para no necesitar del asilo de una modista, para no humillarse ni recibir el mendrugo de pan que tira el rico, creyendo que con esto y unos cuantos golpes de pecho se le abrirán las puertas del cielo; en una palabra, para vivir libre, independiente, feliz y considerado de todo el mundo.

Celeste oía á este extraño personaje con una especie de temor y de sobresalto. Toda su vida la compendiaba al hacerle la relación de los usos del dinero, y ella, en efecto, comprendía bastante bien, que las desgracias que había pasado, no reconocían más causa que la pobreza. Si ella hubiera tenido dinero, sus padres no habrían muerto quizá, ni ella se habría visto precisada á sufrir un género de aventuras á cual más peligrosas y humillantes. ¿Cuál era su porvenir? ¿Esperar á Arturo, para sufrir sus desprecios, y al padre Anastasio para serle grata? ¿Vivir en la pobreza? Un momento Celeste, vencida por los argumentos del desconocido, pensó en decidirse de una vez á aceptar y á ser rica, exponiéndose á todas las consecuencias;

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. L.  
 CAPILLA ALFONSINA



pero casi al mismo tiempo una voz interior la fortificaba y le reprobaba estos pensamientos como criminales. Pero él, que obedeciendo á estos impulsos buenos, combatía con mucha sencillez y amabilidad:

—Lo que me decís, es una verdad, desgraciadamente, pero á pesar de todo, me contento con un regalo tan simple. Acepto esta camelia; y vos, en cambio, aceptad un sentimiento de gratitud sincera que conservaré siempre en mi corazón.

El desconocido no pudo menos de desconcertarse al escuchar esta respuesta ingenua y franca; pero disimulando su cólera, adoptó otro camino.

—Bien, muy bien, acepto el trato, pero deseo que sepáis y que tengáis entendido, que yo soy únicamente vuestro amigo verdadero. Quizá habréis pensado que á cambio de dinero, trataba de obtener vuestro amor. Lejos de mí semejante pensamiento. Si algún día podéis tener respecto de mí un sentimiento un poco más tierno que el de la amistad, yo sabré pagarlo, no con diamantes, sino con una serie de acciones delicadas y generosas, que os den á conocer todo lo que hay en un corazón noble.

Celeste bajó los ojos: este lenguaje hacía más impresión en su alma, que toda la perspectiva de las ventajas del dinero. Generalmente el corazón de la mujer es más accesible á la ternura que á la avaricia.

El desconocido conoció que ese camino era el más seguro, y procuró seguir en él.

—Está bien, voy á daros gusto: decid á Olivia que la razón social de la compañía será «Olivia, Rugiero y C<sup>o</sup>» ó otro nombre retumbante que llame la atención en la ciudad, pero que en lo privado ella girará como que

el capital. Os he dado gusto, y os volveré á ver pronto. Espero que me trataréis mejor que hoy.

Rugiero salió del almacén, dejando á Celeste llena de dudas y de encontrados pensamientos.

—Es fuerza, es fuerza emplear cuantos medios sean á propósito para seducir á esta criatura: ella es el ángel bueno, no sólo de Arturo, sino de Manuel, de Teresa, del eclesiástico, de todos. Su fuerte es la generosidad y la sensibilidad. Obraremos en este sentido, y como ella es pobre y desvalida, el dinero ayudará mucho. Dentro de pocos días ya tendrá necesidad de recurrir á mí.

Celeste no pudo menos que salir á la puerta, y seguir á Rugiero con la vista, hasta que lo vió alejarse y perderse entre los andamios, escombros y materiales que estaban aglomerados en la calle siguiente, donde había dos ó tres casas en construcción. Cuando entró al almacén, sintió una opresión en su pecho, y dijo:

—No sé por qué creo que un próximo peligro me amenaza, y que es mayor que los que he pasado en mi vida.

La explicación de este temor era muy sencilla: Celeste sentía que podía amar á este hombre, pues se sentía fascinada, dominada por su voluntad. Quería huir, pero no podía: la pobreza la retenía en aquel asilo, donde ganaba con su trabajo una módica subsistencia.

Sin hacer caso de las costureras, que desde la trastienda habían observado los ademanes obsequiosos de Rugiero, y aún escuchado algo de la conversación, Celeste tomó un lienzo, cortó una pechera de camisa, y se puso á coserla con cuanto primor y esmero pudo.

—Al menos, así el señor Rugiero no me regalará su dinero, sino que pagará mi trabajo,—dijo Celeste como si estuviese hablando con alguien, y continuó con tal te-



són en su obra, que cuando regresó Olivia ya estaba muy adelantada.

Olivia entró llena de gozo á su almacén. Cobró su valor de 3,000 pesos, é hizo tantas y tan buenas compras y contado, que traía el coche lleno de las más exquisitas chucherías y telas de seda y lana propias para las señoras. Sin embargo de esto, no se escapó á su mirada escudriñadora la camelia que tenía Celeste en el pecho.

—¿Ha venido?—preguntó á Celeste con mal humor.

—¿Quién?

—El caballero.

—Sí.

—¿El te dió esa camelia?

—Sí.

—¡Ah! conozco el mundo,—dijo Olivia tirando enfado los últimos efectos que había sacado del coche— esa camelia vale más que los tres mil pesos.

—Tómala,—dijo Celeste quitándosela del pecho.

Olivia tomó la camelia de manos de Celeste, y la arrojó con desprecio fuera del mostrador.

Las costureras sonreían, observaban todo esto, y decían entre sí en voz baja:

—Están celosas del extranjero; pero á quien quiere de veras, es á la niña Celeste.

Olivia trataba de salir fuera del mostrador, y pisar la flor; pero Celeste la contuvo con una mirada firme y atenta, y se levantó, recogió la camelia, la volvió á colocar en su pecho, y continuó su costura sin hablar una palabra. Olivia regañó, mitad en francés y mitad en español á las costureras, revolvió la tienda, echó de la casa á los dos, y concluyó por decir que tenía una fuerte jaqueca y se acostó, echando las cortinas del pabellón de su cama.

Celeste continuó su costura; pero llena de temor, no acertaba con el fin que tendría este acontecimiento, que, como todos los que le sobrevenían, eran obra de la casualidad y de su mala estrella. Antes de las ocho, Celeste cerró el almacén, y sin disponer la cena como de costumbre, se acostó con el mayor silencio. Ninguna de las dos muchachas pudo conciliar el sueño en toda la noche: Olivia sollozaba, Celeste contenía los suspiros dentro de su pecho. La imagen de su querido Arturo, la limpia y primorosa casita de Jaumabe, su aventura en la chocolatería, su llegada moribunda á los umbrales de la puerta de Olivia, todos sus acontecimientos y aventuras, lo incierto y oscuro de su porvenir, formaban un conjunto, que oprimía su pecho y fatigaba su espíritu: en vano trataba de formar un plan que mejorase su situación. Al día siguiente, Olivia se levantó, tomó su sombrero y su pañolón, y no volvió sino hasta muy entrada la tarde. Durante tres días, las dos amigas mal comieron, y no se hablaron una palabra. Rugiero no había vuelto á hacer otra visita.

Al cuarto día, la calma y la reflexión proporcionaron una explicación.

—Olivia,—dijo Celeste,—como recuerdo siempre con agradecimiento y con ternura, que casi moribunda y abandonada de todos recibí hospedaje en esta casa, quiero darte una prueba de amistad, proponiéndote que nos separemos. Tú quedarás en tu casa, y yo buscaré en dos ó tres días un asilo.

—El asilo es muy fácil de encontrar,—contestó Olivia con ironía:—Rugiero te lo tendrá ya preparado.

—Por lo más sagrado te juro,—respondió Celeste con tono decisivo,—que lo que precisamente deseo es no verlo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. L.  
 CAPILLA ALFONSINA



—Entonces, quédate.

—Muy bien, me quedaré, haré lo que tú quieras, pero es necesario que esta situación que guardamos, acabe. Yo no puedo vivir bajo un mismo techo con una persona que no me dirige la palabra, y que cree que yo he podido ofenderla.

—¿Tú no amas á ese hombre?

Celeste vaciló un poco para responder; pero al fin, con bastante decisión y franqueza, contestó:

—No, no lo amo; amo á otro que está lejos de aquí, y lo amaré, aunque deba esta locura costarme la vida. Rugiero, en verdad, ejerce sobre mí una especie de influencia que me asusta: quisiera huir de él, quisiera verlo.

—¿De veras?

—Hablo como he hablado en toda mi vida, con el corazón en la mano.

—Eres una perla, una joya, un ángel,—dijo Olivia acercándose á Celeste, y dándole un prolongado beso en la boca.

—¿Tú amas á ese hombre, Olivia?

—Lo adoro: mi vida, todo lo que poseo, daría por él.

—No sé por qué me inspiras compasión, Olivia; quisiera verte como antes, tranquila y dedicada á tu trabajo,—le contestó Celeste, volviéndole con mucha modestia sus caricias.

—No hablemos más de esto: estoy tranquila, y soy feliz. No hay que acordarse de los tres días bien amargos que hemos pasado. Desde ahora, y como en realidad los tres mil pesos fueron regalados á tí, tú eres la dueña de todo lo que hay en el almacén... pero es menester que después de tres días de sufrimientos, estemos alegres.

Sentémonos á la mesa ahora que las costureras se han ido. Cierra el almacén, y saca la mejor botella de vino que haya en nuestra despensa.

Celeste hizo lo que indicaba Olivia, y en un momento las dos amigas adornaron y compusieron la mesa, de una manera tal, que *Recamier* habría tenido envidia de lo bien sazonado de los manjares.

—Ahora, hija mía,—le dijo Olivia,—me vas á hacer un favor: es una niñería, pero ¿qué quieres? las mujeres somos así.

—Haré cuanto pueda serte agradable,—le contestó Celeste.

—Pues bien, esa camelia está ya bien marchita, quitatela del pecho, y deshójala, tírala...

—Nada más puesto en orden, cuando yo le he preparado una fresca y más hermosa,—dijo una voz, cuyo timbre metálico hizo estremecer á las dos muchachas, que, volviendo la cara, se encontraron con Rugiero.

—No hay que molestarse,—continuó:—yo arrimaré una silla; pero antes, tendré el gusto de ejecutar las órdenes de la bella Olivia.

Rugiero, en efecto, desprendió del pecho de Celeste la camelia, deshizo entre sus dedos las hojas, hasta reducir las á partículas muy pequeñas, y en seguida le colocó una nueva camelia blanca con manchas rojas como san-ta en algunas de las hojillas.

Olivia se puso pálida como una muerta.

Rugiero se hizo el desentendido, acercó una silla, y se sentó junto de Celeste.

—Vamos, no hay que interrumpir la sabrosa comida... La conversación de un amigo la hará más agradable.

Olivia, como si hubiese recibido una orden de un ge-

CAPILLA ALFONSO X  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. L.



nio superior, comenzó á comer en silencio: Celeste, por disimular su emoción, apenas tocaba los platos.

—¿Qué dicen ustedes, que son jóvenes, y por consecuencia capaces de juzgar en la materia, de esas pasiones fogosas, terribles, repentinas, que se encienden en el alma de una mujer?

—Que no se borran nunca,—respondió Celeste, haciendo alusión en su interior al amor que le tenía Arturo.

—Que en efecto existen,—dijo á su vez Olivia,—y que hacen á las mujeres muy virtuosas ó muy criminales, pero siempre desgraciadas.

—Pues todas esas pasiones,—replicó Rugiero,—no son más que fantasmas y visiones, que se forja la imaginación: son el diablo y el orgullo los que obran, y no el amor. A una persona que no se ha tratado, que no se conoce, cuyas buenas ó malas cualidades no se sabe, no se le puede amar así; pero la naturaleza humana necesita del estímulo y de la contradicción. Si de dos mujeres la una es la preferida, la otra será la celosa y apasionada: esa es la regla común, pero en el fondo no es mentira.

Olivia alzó la vista, y miró apasionadamente á Rugiero.

Rugiero desvió su vista, arrimó un poco más su silla al lado de Celeste, y se la quedó mirando con una mirada cada impresión de ternura.

Olivia no pudo contenerse, y cayó de su mano el vaso de vino que trataba de llevar á los labios.

Rugiero soltó una carcajada, y dirigiéndose á Celeste le dijo al oído:

—Seguramente no podréis vivir ya contenta en

casa. Tomad mi tarjeta, y en cualquier desgracia, sabed que contáis con un amigo desinteresado.

—He pensado, mi querida Olivia,—continuó dirigiéndose á la francesa,—que la escritura se suspenda: yo necesito de mis fondos, y no puedo dedicar tres mil pesos á la compra de listones y de corpiños. Cuando estéis más tranquila y desahogada, hacedme el gusto de pasar el dinero á la calle de San Bernardo, á la casa de mi banquero. Mañana acaso nos volveremos á ver.

Rugiero desapareció antes que Olivia, que estaba á punto de ahogarse de rabia, pudiese contestarle una sola palabra.

Celeste, inmóvil, se quedó en su asiento esperando que toda la tempestad tronase sobre su cabeza.

En efecto, apenas había salido Rugiero, cuando Olivia se levantó precipitadamente, cerró la puerta y echó la llave.

—¿Qué haces, Olivia?—le dijo Celeste alarmada.

—Tú has hecho mi desgracia y yo he de hacer la tuya. Si me dejara llevar de la cólera que me ciega,—continuó tomando un cuchillo de la mesa,—te hundiría esta arma en el pecho; pero no, eso sería castigarme yo misma. Mujer sola y en un país extranjero, acabaría yo con mi fortuna y con mi vida en una de esas inmundas cárceles que hay en México. No, repito que soy en este momento dueña de mí misma, y no haré tal cosa; pero como viniste has de irte esta misma noche: tu mismo traje, tu mismo calzado raído y tu bolsillo sin un centavo. En la puerta de mi casa te recogí; en la puerta de mi casa volveré á ponerte. ¿Quién de las dos es la aventurera, la pérfida, la infame?

—Olivia, no habrá necesidad de que tú hagas nada de





esto: yo me iré, y nada, nada quiero llevar; pero oye, escucha por lo que más amas. ¿Soy acaso culpable de que este hombre se dirija á mí, te ofenda y te desprecie?

—Tú y él se han hablado al oído y se han entendido. Tú eres una hipócrita, traidora.

—¡Olivia, cinco minutos de calma, por piedad,— dijo Celeste juntando las manos.

—Ni cinco instantes. Bastante desgraciada me has hecho: no hagas que sea criminal. Evita una desgracia y vete.

Celeste conoció en los ojos y en el tono resuelto con que hablaba Olivia que no había medio de calmarla y resolvió á salir.

—Sin un centavo, se entiende; quiero que escape entre la miseria y el crimen.

Celeste sacó de su vestido su bolsillo de seda que contenía algunas monedas, lo puso sobre la mesa, llamó á su perro y salió del almacén alejándose precipitadamente.

—Héme aquí,—dijo,—lanzada otra vez en medio de la ciudad y sola, sola. No hay remedio, la miseria y desgracia me conducen forzosamente á un camino que toda mi vida he tenido horror de entrar. Arturo, Arturo, no me juzgues criminal, sino muy desgraciada y tú, Dios mío, perdóname si cuando la fatiga y hambre agoten mis fuerzas pido asilo y protección en la casa del hombre que nunca querría haber conocido.

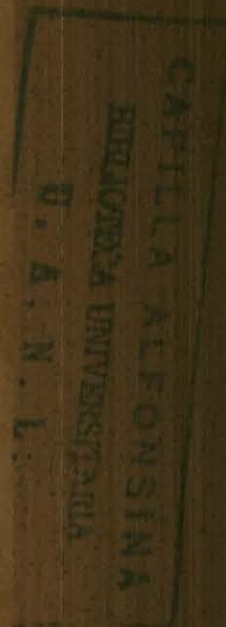
Celeste llamó á su fiel perro, que se había desviado un poco, y acercándose á la luz de un farol leyó la dirección de la tarjeta que le había dado Rugiero y echó á andar resueltamente encaminándose á la calle de San Isabel.

## CAPÍTULO XVIII

### El elixir de la vida

**C**ELESTE corre á su desgracia y á su perdición: el ángel bueno que con sus blancas alas, su cabellera de oro y sus ojos azul de cielo, acompaña siempre á las vírgenes inocentes, va ya á abandonarla y lloroso y desolado despliega sus alas para volver á los cielos. Decididamente Lucifer triunfa, y la miseria y los celos que ha empleado como agentes poderosos cerca de la criatura abandonada en este triste mundo, han completado su apetecida conquista.

Pero entre tanto se desenlaza, no sabemos hasta ahora cómo, este drama fatal en que nuestra sufrida Celeste va quizá á ser la víctima, tenemos que asistir á otras escenas no menos terribles y dolorosas. La sombra funesta del enemigo de la tranquilidad y del reposo de las familias pesaba sobre la virtuosa Teresa y el generoso y valiente capitán: tenemos, pues, que volver un momen-





to á aquellos sitios en que hemos dejado á nuestros amigos.

Fácil es persuadirse á que después de la ausencia repentina é inesperada de Manuel todo cambió en la hacienda de la Florida: Teresa sufrió un ataque de peste tan violento que durante cuatro días su vida estuvo en el más inminente peligro: Mariana no se separó un instante de la cabecera de la cama; el padre la velaba todas las noches dispuesto á presentar á los pies del Criador aquella alma que parecía querer á cada instante abandonar el cuerpo frágil que la retenía. Arturo y Juan Bolao, con una eficacia tan grande como si se tratara de una persona más allegada de su familia, montaban á caballo horas del día y de la noche á caballo y traían de San Luis cuantos médicos encontraban, preparaban personalmente las medicinas y acompañaban al buen médico siástico en sus largas noches de vela. Tan excelentes amigos trataban de buscar consuelos en la opinión de los facultativos; pero éstos, después de agotar su ciencia respondían, meneando tristemente la cabeza, que la enferma no tenía remedio y que lo único que había que hacer era dejarla que muriese con tranquilidad. Teresa conservaba el uso de sus sentidos; pero se había empañado el brillo de sus negros ojos; sus mejillas estaban pálidas y hundidas, su respiración trabajosa y difícil, sus fuerzas tan agotadas que era necesario que Mariana se le ayudase á incorporarse para que tomase el escaso y único alimento que se acostumbra dar á los enfermos y que consiste en unas cucharadas de atole.

Arturo, Bolao y el padre Anastasio se presentaron mañana del cuarto día en la recámara de Teresa: estaba recostada en unos grandes almohadones de cambrón

borista adornados con encajes de Flandes, y una sobrecama de damasco rojo, de donde á trechos salían las orillas de unas blancas y finísimas sábanas, cubría su cuerpo. En una mesa pequeña colocada cerca de la cama, había un hermoso crucifijo de Guatemala que había pertenecido á la familia y en las mesas del rincón dos jarrones antiguos de China con algunas flores. La pieza estaba aseada, todos los muebles puestos en orden y en su lugar, y los rayos del sol, que entraban por la ventana cuyas puertas estaban entrecerradas, iluminaban aquella estancia, olorosa, alegre, limpia y que más bien parecía que contenía las reliquias de una santa que una enferma próxima á salir de este mundo. Mariana, que había secundado los deseos de Teresa de quitar á sus últimos momentos todo el aparato de tristeza y aun de falta de aseo que se observa por lo común en las habitaciones de los enfermos, se había esmerado en poner la recámara de la misma manera que habría estado para recibir á los dos felices esposos. Todo esto había sido contra la expresa opinión de los médicos, pero se trataba de dar gusto á la enferma y esto bastaba.

Arturo no dejó de observar esto con un sentimiento de tristeza.

—Pobre Teresa!—dijo en voz baja al padre Anastasio, —hasta en la hora misma de su muerte se conocen sus aseo, su educación y su finura. Cualquiera diría que es su lecho nupcial y no su ataúd.

Aunque nuestros amigos entraron de puntillas, Teresa sintió el ruido y entreabrió los ojos.

—Ninguna razón de Manuel,—dijo haciendo un esfuerzo visible.

—No hay que pensar en esto,—contestó Arturo;—el





capitán es un hombre animoso y valiente que ha salido bien de peores aventuras que ésta. Yo he dicho mi opinión: es algún chisme de política y no pasará mucho tiempo sin que le veamos venir ó tengamos noticias de donde se halla. La obligación que tenemos de no abandonar á nuestra buena y excelente amiga Teresa en esta situación delicada en que se halla, nos ha hecho no salir con dirección á México, donde estoy seguro que encontraremos á Manuel.

—Sí, en México, en México seguramente debe estar. Es necesario que todos, todos vayamos á buscarlo.

Teresa al decir esto quiso incorporarse; pero las fuerzas le faltaron y dejó caer su cabeza en los almohadones. Mariana hizo señá al padre, que se hallaba más cerca de que procurasen variar de conversación.

—A propósito, Teresita,—dijo el padre Anastasio,—una pobre anciana de la rancharía que no ha cesado de llorar y de rezar desde que se enfermó usted, dice que tiene un remedio eficaz y que asegura que en dos días estará usted buena, perfectamente buena. Yo opino que debemos tentar este medio ahora que los médicos no están aquí; pero venía á consultar la voluntad de usted enferma.

—Es decir,—dijo Teresa tristemente,—que los médicos no dan ya esperanzas.

—¡Con mil de á caballo no es esto, Teresita! Vamos con alegría; aquí está vuestro buen amigo Bolao que seguramente se dejaría matar por veros sana y colorada como en Tampico; pero luego estas gentes del campo tienen unas medicinas más eficaces que las de todos los matasanos del mundo que nos destruyen con sus venenos y sus cáusticos; con que vamos á probar, y ánimo

ánimo para que vayamos á México, que allí encontraremos, como lo espero, sano y salvo á nuestro querido Manuel.

Bolao, con la mayor expresión de ternura, tomó una de las manos frías y blancas de Teresa y la llevó á sus labios.

Teresa, que comprendió el afecto sincero de este hombre, sonrió tristemente y le dió las gracias con una mirada, en la que un momento pudo notarse el brillo de sus negros ojos.

—¡Bah! la cosa está resuelta, y voy yo mismo á traer á la vieja.

Bolao, sin esperar la respuesta, salió de la recámara y á poco volvió acompañado de una mujer que tendría más de ochenta años; pero la que todavía tenía el vigor necesario para andar y sostenerse sin ningún apoyo.

—La Virgen Santísima de Guadalupe acompañe á la niña y le dé la salud.

Teresa le hizo señá de que se acercara y le tomó una mano.

—Si Dios Nuestro Señor lo dispone así, pasado mañana podrá la niña levantarse y salir á dar su paseo por el campo.

Teresa, con sólo el tono de seguridad y de confianza con que hablaba la buena anciana, concibió en las orillas del sepulcro una esperanza de vida, y con ella de encontrar á Manuel, de llevar adelante el matrimonio, en una palabra, de ser feliz.

—Sí, sí, Anselma, tengo esperanza de que tú me sanarás: tienes fe en Dios y yo también, y esto es bastante; pero no perdamos tiempo, prepara tus medicinas y comienza la curación.

BIBLIOTECA ALFONSO  
 U. A. N. L.  
 CAPITULA ALFONSO



En cuatro días era la vez primera que Teresa hablaba tantas palabras seguidas. La anciana, sin decir más palabra, salió de la recámara y nuestros amigos detrás de ella.

—Mira, Anselma,—le dijo Bolao,—si sanas á tu ama la casa en que vives y el campo que cultivan tus nietos serán para tí.

—Señor amo, creo que no yo, sino mi Madre Santísima de Guadalupe sanará á la niña. Si después ella quiere dar algo á los muchachos, dueña es de la hacienda, que yo soy vieja y no necesito más que muy poca tierra en el cementerio de la capilla; pero dejen sus mercedes que yo haga lo que Dios quiera con la amita, y pasando mañana la verán salir por su pié á ver sus teneritas y sus corderitos.

La vieja Anselma se fué al campo, y vino cargada con una porción de yerbas. Arturo, Bolao y el padre no eran muy fuertes en esto de botánica, pero no pudieron menos de observar que ninguna de las yerbas eran de las que comunmente se encuentran en los campos, y son conocidas. Algunas tenían las hojas y las flores de una forma extraña.

—¿Si esta vieja irá á envenenar á la infeliz Teresa?—dijo Arturo.

—No hay cuidado, Arturo, dejémosla sin decirle una palabra, que los rancheros y los animales conocen más de yerbas que todos los botánicos del mundo.

Anselma, con una parte de las yerbas y algunos trozos pequeños de cortezas de árboles, hizo en la cocina una infusión, y con la otra un emplasto ó cataplasma: así que todo estuvo preparado, entró á la recámara.

—Eh! amita de mis ojos, aquí está la medicina. Para que sea buena, es menester hacerle tres veces la cruz, en nombre de Jesús, María y José. Sin esta devoción las yerbas pierden su virtud.

Anselma persignó en efecto con fervor tres veces el vaso, y después lo dió á Teresa, la que con la misma fe que si tomara el famoso elixir de la vida, lo apuró hasta la última gota.

—Ahora, niña, para ponerse en el pecho esta cataplasma, es necesario rezar tres Ave Marías y una Salve.

Mariana se arrodilló inmediatamente, y comenzó con mucho fervor las tres Ave Marías y la Salve. Los circunstantes hicieron coño, retirándose en seguida para que sin estorbo pudiesen las dos mujeres aplicar el emplasto á la paciente.

A cabo de un rato, salió la vieja y les dijo:

—La niña está ya curada. Quizá les parecerá que se muere, y quizá se morirá; pero el Señor y la Virgen Santísima de Guadalupe han de querer que resucite. Dicho esto suspiró profundamente, y se retiró á su choza.

Nuestros amigos quedaron en la mayor inquietud.

A los diez minutos salió Mariana pálida.

—La niña está gravemente mala, señor cura, creo que se nos queda en los brazos. Esa vieja hechicera es sin duda cómplice de ese pícaro administrador, que habrá matado á mi capitán, y esta vieja envenena á la niña Teresa.

—¡Mil rayos!—dijo Bolao.

Mariana no podía contenerse, y quería sollozar.

—Calma, calma,—dijo el padre Anastasio,—Anselma nos anunció que la medicina haría al principio un efecto

CAPILLA ALFONSINA  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. I.



muy fuerte. En todo caso yo entraré, y ustedes guarden el mayor silencio, y esperen.

El padre y Mariana entraron: Teresa como si le hubiera acometido un mal, se retorció en el lecho, abría por intervalos los ojos, y quería con las manos como sacarse alguna cosa que le oprimía el pecho.

—Le quitaremos el emplasto.

—No, no, esperemos un momento, —contestó el padre.

En efecto, á los cinco minutos aquella agitación cesó. Teresa cerró los ojos, y se dejó caer por última vez en los almohadones.

Mariana y el padre se acercaron.

—¡Muerta!

—¡Muerta!—contestó el padre en voz baja, poniéndose se pálido,—pero no hay que decir nada; Arturo y Bolívar matarían á la vieja. Recemos.

Mariana encendió una vela de cera bendita, y ambos arrodillados delante de la cama, comenzaron á rezar en voz baja, y á derramar abundantes y silenciosas lágrimas.

## CAPÍTULO XIX

### Tres contra treinta

**P**OBRE Teresa! Cuando una esperanza dorada iluminaba un momento los umbrales de su tumba, la muerte tenaz, perseguidora de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo espléndido en la tierra, vino á tocarla con su mano inexorable y fría. Las flores, las mujeres hermosas, los valientes guerreros, los filósofos, los sabios, todo á su vez es sumergido y arrebatado por la muerte. En pos también del capitán, quiere que los que iban á ser esposos felices, tengan, como Julieta y Romeo, sus fiestas nupciales en la incomprensible eternidad.

Luego que salió el capitán de la puerta de la hacienda, al llamado, según recordará el lector, de una carta anónima, cuya letra no pudo reconocer, dió dos azotes al caballo, y á escape tomó la calzada que conducía al camino real de San Luis. Habría andado cosa de un